

## ANARQUISTAS ESPAÑOLES EN ARGENTINA A FINES DEL SIGLO XIX \*

Indica Carlos Seco la necesidad de estudiar las conexiones, que él adivina, entre el anarquismo español y el hispanoamericano en la época de la Primera Internacional, y en especial en «la primera gran oleada emigratoria registrada en el quinquenio que va del hundimiento de la Monarquía hasta la Restauración alfonsina»<sup>1</sup>. Esta relación resulta ya evidente con sólo reparar en el contingente emigratorio español. Como hipótesis de trabajo, si de 1882 a 1914 España pierde cerca de un millón de habitantes (equivalente a una tercera parte del incremento nacional)<sup>2</sup> es lógico suponer que entre los trabajadores y campesinos que abandonaban su tierra, la mayoría en dirección a América, hubiera propagandistas de las ideas libertarias.

Por otra parte, dada la vinculación cultural de los países de habla hispana con la antigua metrópoli, cabe suponer que muchos de los contactos entre militantes obreros americanos y Europa se realizaran a través de España. También, aprovechando el vehículo de la emigración y la conexión ideológica con España, puede aventurarse que desde la misma España se procurara fomentar y alentar la propaganda en el nuevo mundo. Anselmo Lorenzo, utilizando el símil evangélico, indicaba que entre los fundadores del primer núcleo de la A. I. T. en España hubo «emigrantes [que] han extendido la ciencia revolucionaria por Asia, Africa y América»<sup>3</sup>. Estas páginas estudian las relaciones entre los anarquistas españoles y el anarquismo en Buenos Aires durante el

\* La investigación en que se basa este artículo ha sido realizada en el Instituto Internacional de Historia Social (Amsterdam) y en la Biblioteca Arús (Barcelona).

<sup>1</sup> SECO SERRANO, CARLOS, ed., *Asociación Internacional de los Trabajadores, Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)*, Barcelona, 1969, t. I, pp. LVI-LVIII.

<sup>2</sup> NADAL, JORGE, *La población española. Siglos XVI al XX*, Barcelona, Ariel, 1966, p. 160.

<sup>3</sup> LORENZO, ANSELMO, *El proletariado militante*, ed. por José Álvarez Junco, Madrid, 1974, p. 43.

siglo XIX, partiendo de la frase de Lorenzo: se trata de *emigrantes* que *extienden* una ideología europea.

En el período de la Primera Internacional los contactos son, ciertamente, escasos, pero tan intensos en el período posterior a 1883 que, en realidad, el nacimiento del movimiento obrero argentino es inseparable del fenómeno migratorio, como bien indica Abad de Santillán <sup>4</sup>, fenómeno que supuso para Argentina una completa remodelación demográfica. Mientras la población total argentina pasó de 1'7 millones en 1869 a 3'9 en 1895 y a 7'8 en 1914, la proporción de población extranjera, en los mismos años, subió de 12'1 % a 25'4 % y a 30'3 %. En Buenos Aires, desde 1887, más de la mitad de los habitantes fueron extranjeros; en la misma fecha el 84 % de la mano de obra empleada en talleres y factorías, y el 92 % de los propietarios de dichas empresas eran también extranjeros <sup>5</sup>.

Con anterioridad a las grandes migraciones, y dejando de lado las tendencias de algunas asociaciones obreras, no existen en Argentina movimientos socialistas; sólo podría citarse el reflejo más o menos fiel del socialismo utópico europeo en parte de la burguesía ilustrada bonaerense de la generación de 1837 (sobre todo Esteban Echeverría) y la labor que realizó en la capital argentina desde la década del 1860 el menorquín Bartolomé Victory y Suárez. Sabemos también que en 1872, un tal Pommiés pide propaganda a Barcelona y que en esta misma década llegan, entre otros inmigrantes, algunos internacionalistas conocidos: el «compañero Gratacós», Rubau Donadeu, Benito Prieto, militante donostiarra, y Seraffín Alvarez. Poco más sabemos de su actuación <sup>6</sup>.

La actividad socialista y anarquista se inicia (en el Buenos Aires de la década 1880-1890) entre un proletariado industrial y artesanal de una ciudad cuyo crecimiento refleja la expansión del sector cerealista y ganadero de la Pampa, expansión a la que sólo tardíamente acompañó un cierto desarrollo industrial <sup>7</sup>. La base humana es exclusivamente española e italiana, y no se siente integrada en la sociedad rioplatense. La asociación obrera, permitida por la ley, al igual que la asociación política y la libertad de expresión, ofrecieron a estos trabajadores unas facilidades para la difusión de la propaganda

<sup>4</sup> ABAD DE SANTILLÁN, DIEGO, *El movimiento anarquista en la Argentina desde sus orígenes hasta el año 1910*, Buenos Aires, 1933, p. 9.

<sup>5</sup> BOURDÉ, GUY, *Urbanisation et immigration en Amérique Latine*. Buenos Aires, París, 1974, pp. 185, 224. Sobre el crecimiento demográfico argentino véase también GERMANI, GINO, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962; SCOBIE, JAMES R., *Buenos Aires. Plaza to Suburb, 1870-1910*, Nueva York, 1974; SOLBERG, CARL, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile 1890-1914*, Austin (Texas), 1970.

<sup>6</sup> Sobre «Gratacós» y Benito Prieto véase SECO, CARLOS, *op. cit.*, pp. LVI-LVII. Los datos sobre otros inmigrantes proceden de ABAD DE SANTILLÁN, *op. cit.*, y del manuscrito inédito de NETTLAU, MAX, *Geschichte des Anarchismus*, capítulos XIV y XV, Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam.

<sup>7</sup> BOURDÉ, GUY, *ibidem*; DORFMAN, ADOLFO, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, 1970, pp. 202 *et seq.*; FERRER, ALDO, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, México, 1963.

de que normalmente no disponían en España o Italia. En ese clima surge en Buenos Aires un anarquismo obrero de carácter urbano, difundido entre europeos y por europeos, que, al cabo de unos veinte años, contará con una federación nacional de inspiración ácrata (la F. O. A., luego F. O. R. A.) que en 1905 se proclama abiertamente anarcocomunista.

Tanto entre los líderes como entre la masa obrera, hubo una convivencia permanente entre italianos y españoles, las colonias de mayor volumen humano en Buenos Aires, convivencia extensiva a las ideologías de los países de origen. Así, al predominar entre los italianos anarquistas la tendencia organizativa, pero anarcocomunista, de Errico Malatesta (residente en Argentina de 1886 a 1889)<sup>8</sup>, esa orientación reforzó el anarcocomunismo de ciertos militantes españoles que en España hubieran sido minoritarios debido a la persistencia de la orientación colectivista —bakunista— tradicional en la F. T. R. E.

Para entender las relaciones entre España y Argentina conviene recordar las líneas generales de la evolución del anarquismo argentino. La primera etapa de intentos aislados, colaboración con los socialistas y labor organizativa sindical, coincide con la presencia de Errico Malatesta y con la actividad del Círculo de Estudios Sociales. Desde 1889 transcurren cinco años de preponderancia individualista ácrata; es la época llamada de *El Perseguido* (la revista más conocida de esa tendencia, 1890-1897), y en este período es intensa la labor de anarcocomunistas andaluces. Los años 1895 a 1897 fueron de transición: en ellos, dado el progresivo descrédito de la «propaganda por la acción» individualista entre las masas obreras, y aguijoneado por el avance de la propaganda del partido socialista, se va abriendo camino un anarquismo constructivo, «organizador», gremial. A partir de 1897 triunfa esa línea (llamada «nueva táctica»), que recobra para el anarquismo a muchas asociaciones obreras y logra que sea ésta la ideología predominante en el congreso fundacional de la F. O. A. de 1901. Que quede claro que en ninguno de los tres períodos indicados protagonizaron los anarquistas movimientos insurreccionales ni revolucionarios, y que si alguna vez constituyeron algún peligro para la burguesía, fue debido a su actuación sindical (por ejemplo, la huelga general bonaerense de 1896)<sup>9</sup>.

Se extiende a todo el período estudiado la pugna entre las tendencias opuestas, en el anarquismo, individualismo-organización y abstención sindical-sin-

<sup>8</sup> ZARAGOZA, GONZALO, «Errico Malatesta y el anarquismo argentino», *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, Sevilla, XVI, 3, diciembre 1972, pp. 401-424.

<sup>9</sup> Sobre la historia del anarquismo argentino, aparte de ABAD DE SANTILLÁN, *op. cit.*; véase, del mismo autor, «El período de *El Perseguido* (1890-1896)», en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de octubre de 1928; SEGALL, MARCELO, «En Amérique Latine. Development du mouvement ouvrier et proscription», *International Review of Social History*, Amsterdam, XVII, 1972, pp. 325-369, y COLOMBO, EDUARDO, «Anarchism in Argentina and Uruguay», en la obra editada por David E. Apter y James Joll *Anarchism Today*, Bungay, Suffolk, 1971.

dicalismo, a la que se superpone la polémica entre comunismo y colectivismo. El anarquismo, considerado en bloque, mantendrá también una virulenta oposición al socialismo reformista de la Segunda Internacional, que en Argentina encarna el P. S. O. A. del doctor Juan B. Justo.

No quedaría clara la evolución anarquista si no se situara sobre la coyuntura económica argentina, marcada por una expansión inicial que quiebra la crisis de 1889-1890 o «crisis Baring». La crisis origina desempleo, agudiza las tensiones sociales, frena la inmigración y propicia la propaganda de ideologías extremistas de acción directa. La recuperación tras la crisis permite un desarrollo de la actividad asociativa obrera y facilita el paso a un sindicalismo coordinado.

A escala mundial, desde el Congreso de Londres de 1881, predomina la disgregación de pequeños grupos ácratas, la fe en una próxima revolución espontánea, el descrédito de toda organización y el alejamiento total del socialismo, configurado ahora en partidos que compiten en el sistema parlamentario.

Entre el anarquismo español y el argentino existe un desfase inicial de unos veinte años que explica la diferente evolución de ambos movimientos. Cuando se inicia la actividad anarquista en Argentina, el movimiento obrero revolucionario en España había recorrido ya un largo trecho. La compleja crisis del período 1868-1875 había mostrado las posibilidades revolucionarias y también la frustración de la derrota. Quedó evidente la falta de cohesión entre los diversos componentes de la Primera Internacional: un anarquismo rural, predominantemente andaluz, comunista y amigo de la acción directa (los «Desheredados»), un anarquismo insurreccional urbano encarnado por los conspiradores de la alianza bakuninista y, por último, un anarquismo moderado, más enraizado en la tradición sindicalista del proletariado catalán. Desde 1882, como dice Clara Lida, se consuma la ruptura «entre el anarquismo rural y el movimiento obrero en los sectores urbanos e industriales de Madrid y Barcelona»<sup>10</sup>.

En Argentina el movimiento libertario se inicia sobre las vivencias españolas, lo cual le priva, evidentemente, de espontaneidad y a veces le lleva a falsear la realidad. Sin embargo, la misma experiencia española después del fracaso de la Federación como gran organización de masas, permite suavizar diferencias ideológicas entre militantes, que se encuentran en minoría frente a los obreros no concienciados, cuyo único objetivo en Argentina es «hacer la América», ocultando las privaciones necesarias para conseguirlo.

Hay que resaltar también la ausencia de un anarquismo rural rioplatense. La lucha obrera se plantea así, frontalmente, y de modo distinto al socialismo reformista, como lucha contra el capitalismo liberal y, en ocasiones, contra el colonialismo europeo (este es el mérito que le han atribuido los jóvenes histo-

<sup>10</sup> LIDA, CLARA E., *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, Madrid, 1972, p. 245.

riadores argentinos <sup>11</sup>) en un proletariado urbano extranjero, desligado de sus raíces campesinas, pero aún no constituido en clase proletaria *strictu sensu*, que goza de bastante libertad de acción y que es poco solicitado por los partidos políticos existentes.

Varios apartados debe estudiar nuestro análisis de las relaciones entre anarquistas españoles y argentinos en el siglo XIX. Primero, la presencia en Buenos Aires de militantes españoles o que actuaron en el movimiento español; después, el contacto que la prensa ideológica mantuvo; luego, la receptividad del anarquismo argentino hacia los problemas sociales y políticos de España, y la ubicación de España en el proyecto anarquista de revolución universal, y, por último, las formas de actuación concretas argentinas calçadas de modelos españoles.

Comencemos por los protagonistas. Puede decirse que en cada una de las etapas del anarquismo bonaerense hubo protagonistas españoles, y que éstos habían participado ya en las luchas sociales peninsulares. Aunque no podamos citarlos a todos, seleccionaremos a aquellos de actuación más destacada. El único en la época de la Primera Internacional es Bartolomé Victory y Suárez (1833-1897), de Menorca, tipógrafo y masón, cuya actuación en España se relaciona con la Asociación Tipográfica. Llegado a la Argentina en la década de 1860, propaga su ideología socialista utópica en la ya existente Sociedad Tipográfica Bonaerense, una de las primeras sociedades de lucha que mantenía ciertas reivindicaciones obreras; edita *El Artesano*, periódico obrero, en 1863, y traduce *El Comunismo*, de Cabet, en 1864, aunque ya se hubiera traducido en Barcelona con anterioridad <sup>12</sup>. Aunque luego Victory desaparezca de la lucha libertaria, es importante destacar la presencia de un español entre los dirigentes de la primera sociedad obrera moderna argentina.

En la etapa fundacional anarquista bonaerense, y relacionado con los italianos Ettore Mattei y Errico Malatesta (en la década 1880-1890) y con el círculo comunista anárquico italiano, existe un activo núcleo español en el que se distingue una actitud general sindicalista y, por encima de ella, una divergencia teórica entre colectivistas y comunistas. Los nombres conocidos son los de Juan Vila, Francisco Torrents, Rubau Donadeu, Feliciano Rey, Zacarías Rabassa, Benito Prieto, Francisco Morales, Gratacós y Gabriel Abad. Paulino Pallás, tipógrafo, conocido en España por su atentado en Barcelona contra Martínez Campos en 1893, estuvo relacionado con un pequeño grupo de la A. I. T., en Rosario. La actividad sindical fue la primordial en esta época y se conoce la participación de los españoles (junto con militantes italianos) en la creación de las asociaciones de panaderos, zapateros, albañiles y otras.

<sup>11</sup> CÁRDENAS, GONZALO, *Las luchas nacionales contra la dependencia*, Buenos Aires, 1970; LOMBARDI, CARLOS, *Las ideas sociales en Argentina*, Buenos Aires, 1965; RATZER, JOSÉ, *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba, 1970.

<sup>12</sup> TERMES, JOSÉ, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1884-1881)*, Barcelona, 1972, pp. 16-24. Se refiere a la existencia de un sector cabetiano en Barcelona en la época anterior a la partida de Victory.

Algunos militantes (Feliciano Rey, Francisco Morales, Gabriel Abad) eran veteranos en la lucha de España e incluso ocuparon puestos de responsabilidad. Zacarías Rabassa había participado en el Congreso Obrero de Barcelona de 1870, representando una sociedad de zapateros, y es en ese gremio donde ejercerá su actividad en Argentina<sup>13</sup>. Rubau Donadeu debe ser Julio, uno de los fundadores de la A. I. T en Madrid y hermano de José Rubau<sup>14</sup>. Cabe destacar que, aunque no fuera catalán el grueso de la emigración española, su peso preponderante en el obrerismo peninsular se repite en Buenos Aires.

En el orden teórico, mientras duró la presencia de Malatesta en la Argentina existió un clima de mutuo entendimiento entre colectivistas y comunistas, alentado por el propio Malatesta, quien, según el corresponsal del madrileño *Bandera Roja*, sostenía «que el comunismo que él entiende es exactamente igual que nuestro colectivismo, existiendo, a su parecer, más diferencia de forma que de fondo»<sup>15</sup>. Hay que indicar que tanto Malatesta como Ettore Mattei habían vivido en Barcelona a comienzos de la década del 1880 y alentado allí las primeras manifestaciones del anarcocomunismo peninsular<sup>16</sup>, pero cuyas posturas favorables a la organización y federación obreras les acercaban a la línea colectivista.

Desde 1889, y coincidiendo con la crisis económica de 1889-1890, ocupan la palestra del anarquismo argentino individualistas exaltados, que se emparentan con los grupos de «desheredados» andaluces o pedrotistas<sup>17</sup>. A la lista anterior de emigrados hay que añadir aquí los nombres de Caballé, Delgado, Francisco Fo, José y Manuel Reguera, Rafael Roca, Victoriano San José y B. Sánchez. Junto a ellos actuaron Indalecio Cuadrado y Gabriel Abad, colectivistas, el primero secretario del Comité Federal Español en 1889 y editor de *El Productor*, de Barcelona. Cuadrado y Abad abandonarían las filas libertarias, el primero para presidir una sociedad de socorros mutuos en Barracas<sup>18</sup> y el segundo para pasar al partido socialista. Pero los siete primeros, y de modo descollante Rafael Roca (1859-1893), representan el individualismo basado en «grupos de afinidades», virulento en la teoría, pero simplemente molesto en la práctica. Son españoles los editores de los tres periódicos individualistas de mayor influencia: *El Perseguido* (Rafael Roca), *Germinal* (¿B. Salbans?) y *El Rebelde* (Reguera). Sirva de ejemplo para mostrar la conexión con España el

<sup>13</sup> Aparece luego también en *La Federación* como uno de los veintitrés firmantes de la «Protesta de la A. I. T. Federación barcelonesa», acordada por el Comité Local. TERMES, *op. cit.*, pp. 99 y 129.

<sup>14</sup> Sin embargo, no consta de ninguna otra forma la presencia de Julio Rubau en Argentina más que a través de *La Federación*, de Barcelona (19 de septiembre de 1873).

<sup>15</sup> *Bandera Roja*, Madrid, II, p. 18 (1 de enero de 1889).

<sup>16</sup> NETTLAU, MAX, *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, ed., René Lamberet, Dordrecht, 1969, p. 570.

<sup>17</sup> Sobre los pedrotistas véase NETTLAU, *op. cit.*, caps. XXI y XXII.

<sup>18</sup> *Germinal*, al dar la noticia, le llama «antiguo internacionalista, colectivista y, por añadidura, ladrón de algunas pesetas de los fondos que existían en la Internacional española», *Germinal*, Buenos Aires, p. 2 (28 de noviembre de 1897).

hecho de que el grupo «Los Desheredados», formado por andaluces y coordinado por Reguera, anunció su deseo de creación y la fecha de convocatoria en *El Productor*, de Barcelona<sup>19</sup>. En realidad, los individualistas intentaron aplicar a Argentina y a un medio urbano la teoría revolucionaria de los braceros andaluces. Tal intento sólo tuvo éxito en la época de mayor declive económico y entre las masas de parados o subempleados de la gran ciudad.

Pese a la verbosidad y beligerancia de los «grupos de afinidad», la labor de difusión anarquista en el seno de las sociedades obreras continuaba, y esta labor se acrecienta al reanudarse la actividad gremial tras la crisis.

En este nuevo período, en que la oleada migratoria se reanuda, junto a militantes italianos aparecen personalidades españolas de relieve. Entre ellos, Gregorio Inglán Lafarga, ebanista catalán; Antonio Pellicer Paraire, tipógrafo catalán, llegado en 1891; José Prat, llegado en el mismo año, y Francisco Ros y Aguilera, expulsado de España, que, tras ser apresado al desembarcar en Buenos Aires, el 24 de diciembre de 1897, logra la libertad y la residencia en Argentina tras veintitrés días de arresto preventivo; era catalán y había sido procesado en Montjuich. Otro joven que llega de España en 1898 para quedarse cuatro años y que luego alcanzaría la fama como escritor es Julio Camba<sup>20</sup>.

También llegó a Buenos Aires en la década del 1890 el italiano Fortunato Serantoni, que, al igual que Mattei y Malatesta, había actuado en los círculos anarcocomunistas de Barcelona, donde editó *La Revolución Social*, en 1889-1890. En Buenos Aires se convirtió en un extraño promotor de todo tipo de publicaciones ácratas, editadas por él, en parte dirigidas a su introducción clandestina en Europa. Inglán Lafarga dirigió, de 1897 a 1900, el periódico anarquista pro organizador más importante de Latinoamérica, *La Protesta Humana*, en el que colaboraron José Prat y Pellicer Paraire, de quien hablamos más adelante. Francisco Ros fundó en 1901 el gremio, o asociación obrera, de estibadores del puerto, uno de los más numerosos de Buenos Aires. Podíamos ampliar la lista con otros españoles activos a todos los niveles en el anarquismo argentino y en el giro que supuso su identificación con el movimiento obrero a partir de 1895.

Respecto a los contactos mantenidos a través de la prensa, lo primero que se observa es que la relación fue permanente entre las publicaciones ácratas españolas y argentinas. Si bien la información en aquélla sobre la República del Plata se reduce a informes de compañeros emigrados, en Buenos Aires se vive en todo momento la actualidad española y la marcha del movimiento revolucionario. Desde 1891 se recibe prácticamente toda la prensa ácrata española, que es admirada y apoyada económicamente. Así, en 1896, *El Corsario*, de La

<sup>19</sup> REGUERA, JOSÉ, «De *El Perseguido* a *La Protesta*», *La Protesta*, Buenos Aires, 1.549 (21 de enero de 1909).

<sup>20</sup> JULIO CAMBA captó con gran ingenio y exagerado pintoresquismo el ambiente del microcosmos anarquista bonaerense de fin de siglo, ceñido básicamente al mundo intelectual y bohemio, en su novela corta *El destierro*, publicada en 1907 y reeditada en 1970.

Coruña, acude en demanda de auxilio, alegando que «la inseguridad personal nuestra es corriente»<sup>21</sup>

La admiración es mayor hacia las revistas doctrinales españolas, especialmente *La Revista Blanca* y *Ciencia Social*, y cuando ésta desaparece, en 1897, se reanuda en Buenos Aires. Por otra parte, son frecuentes en la prensa argentina las colaboraciones de los grandes teóricos del momento: Soledad Gustavo, Anselmo Lorenzo, *Palmiro* (Vicente García), Juan Montseny, Ricardo Mella. Frecuentemente se recurre a ellos para dirimir cuestiones en disputa. Prueba de la dependencia programática de España puede ser el «certamen libertario» organizado por algunos grupos de La Plata en 1898, como homenaje a los mártires de Montjuich, y siguiendo el modelo de los celebrados en 1885 y 1889 en Reus y Barcelona. De los catorce temas propuestos nueve fueron otorgados a participantes españoles: *Palmiro de Burgos*, *Vizconde de Chaux* y J. Sanjurjo, de La Coruña. Valga otro ejemplo: En 1900 *La Protesta Humana*, al refutar conceptos vertidos por el periódico socialista bonaerense *La Vanguardia*, indica:

«... *La Revista Blanca* y nosotros hemos demostrado...»

Y más adelante:

«... Nosotros creemos haber demostrado ya (...) que la Unión General es contraproducente a los intereses de los trabajadores, y llevar este conocimiento al ánimo de los trabajadores aquí para cuando se dispongan a fundar una federación es lo que nos proponemos. Por si no lo hubiéramos logrado nosotros, ahí está la naciente Federación Regional, fundada en España en contraposición a la Unión General, con un número de federados triplicado al de la Unión...»<sup>22</sup>

La cita muestra una unidad de actuación sorprendente a ambos lados del océano.

De la información española se encargaban, además de la prensa llegada de allí, los corresponsales, que publicaban largos artículos en Argentina. Martín Borrás y *Asteroides* lo fueron de *El Perseguido*; Suñé y *Palmiro*, de *La Anarquía*, de La Plata; José Prat, hasta su llegada a Buenos Aires, de *La Protesta Humana*. Y, naturalmente, los sucesos que ocupaban más espacio eran los referidos a las persecuciones de militantes o a los atentados: los sucesos de Jerez de 1892, el atentado de Paulino Pallás, en 1893, o la bomba del Liceo, en 1894. Los procesos de Montjuich dieron lugar a multitud de folletos y manifestaciones de protesta: hubo un comité pro reapertura del proceso, activo hasta 1901, en colaboración con socialistas y liberales<sup>23</sup>. También interesó vivamente a los libertarios en Argentina el asesinato de Cánovas, en 1897. *La Protesta Humana* escribió:

<sup>21</sup> Véase *La Revolución Social*, Buenos Aires, 9 (15 de agosto de 1896).

<sup>22</sup> *La Protesta Humana*, Buenos Aires, 101 (1 de diciembre de 1900).

<sup>23</sup> Aparte de la amplia información dada por la prensa, se publicaron cinco folletos especiales, tres de ellos en 1897, titulados *La Inquisición en España*, *España inquisitorial* y *La barbarie gubernamental en España*.

«... Poco importa que sea anarquista o no el que lo ha hecho desaparecer, lo importante es que el tirano ha extendido el luto, la desolación en millares de hogares (...). Todo hombre debe agradecer al asesino de Cánovas lo que ha hecho por la sociedad.»<sup>24</sup>

Iniciada la guerra de Cuba y excitados los sentimientos patrióticos de la colonia española, la prensa ácrata defendió la lucha de los independentistas cubanos, atacó el colonialismo español y el norteamericano y mostró su simpatía hacia los anarquistas participantes en la lucha y el contenido libertario de la actuación de Maceo.

Fruto del deseo de ayudar a los hermanos perseguidos de España fueron las frecuentes suscripciones organizadas y la recepción de refugiados políticos (como Francisco Ros), venciendo los recelos de las autoridades argentinas, recelos que a veces frustraron los planes. Así, en 1897, fueron devueltos a España Pons, Puig y Barrera, que acababan de desembarcar en Buenos Aires. Las presiones de los Gobiernos español e italiano tuvieron que ver con esa actitud temerosa: José Prat y Julio Camba fueron en una época vigilados por la policía, como si se tratara de delincuentes peligrosos.

La inmigración crea una óptica peculiar de análisis de la problemática del país de origen. Aunque, como abajo veremos, para el anarquista la emigración no equivalía a un automático mejoramiento económico o político, será la vieja patria la que acumule opresiones y contradicciones y, por ello, el lugar donde la revolución siempre es posible. Si se repiten tópicos sobre una posible revolución en Argentina es tan sólo una profesión de fe ritual o la inevitable réplica a los comentarios oficiales de que el anarquismo era una «flor exótica» importada de la caduca Europa, pero carente de sentido en un continente joven, lleno de oportunidades y carente de «cuestión social».

Frente al problema de la emigración (muchas veces alentada por la propaganda socialista o anarquista) los libertarios argentinos mantuvieron una actitud meridiana: el cambio de fortuna es escaso; los emigrantes hacen el juego al capitalismo americano y al europeo con su trasiego. Naturalmente, un sector privilegiado del proletariado —los obreros especializados— pudieron «hacer la América»: entre ellos los tipógrafos, como Victory, Cuadrado o Pellicer Paraire, que, debido a esa posición especial, pudieron dedicar mucho tiempo y energías a la lucha obrera. Los peones agrícolas o trabajadores sin especializar constituyeron un auténtico ejército de reserva, normalmente subempleado. Testimonios de esta inestabilidad laboral aparecen en toda la prensa ácrata argentina desde 1888 y en los informes que se envían a la prensa española. *Bandera Roja*, tras reproducir uno de dichos informes, apostilla:

«... Fijense en este lúgubre cuadro los que, atezados por el hambre, olvidan por un momento que la burguesía es lo mismo republicana que monárquica y tan cruel en Europa como en América.»<sup>25</sup>

<sup>24</sup> *La Protesta Humana*, Buenos Aires, 5 (19 de agosto de 1897).

<sup>25</sup> *Bandera Roja*, Madrid, 14 (1 de noviembre de 1888).

En *El Productor*, Indalecio Cuadrado expuso, en una serie de crónicas tituladas «Impresiones Marítimas», las peripecias del viaje trasatlántico y las dificultades de los primeros días, respaldadas por una escasa protección oficial<sup>26</sup>. Luego, como explica *El Perseguido*:

«... la realidad cede el puesto a la ilusión, nuevas miserias se añaden a las viejas (...). La desilusión es completa. La *tierra prometida*, en vez de seducir, llega hasta hacer suspirar por la tierra odiada que forzó a la partida.»<sup>27</sup>

También fue constante la crítica libertaria hacia las actividades de la Casa de España, la Unión Obrera Española y otros clubs y organizaciones nacionales que, al atraer al obrero bajo la protección de comerciantes españoles enriquecidos, mantenían en el emigrante un desarraigo político —por otra parte, bien visto por las autoridades argentinas— y falsificaban, con la distancia, la imagen de la patria abandonada.

Queda ahora por analizar las experiencias libertarias similares a las españolas en Argentina, que se evidencian en todas y cada una de las etapas arriba indicadas. El recuerdo de los éxitos y fracasos españoles jugó un papel primordial; en 1901 *El Rebelde*, recordando la historia de la Federación Regional Española, argumentaba en contra de toda organización obrera, y ofrecía como contrapartida las declaraciones del Congreso de Barcelona de 1888 y el «Pacto de Unión y Solidaridad»<sup>28</sup>. Fue precisamente ese pacto<sup>29</sup> el que inspiró los varios intentos de cooperación obrera intentados en Buenos Aires por los libertarios con anterioridad a 1901: en 1884 (con la intervención de Malatesta), el «Proyecto-Programa de Federación Obrera» de 1895, la «Convención Obrera» de 1896 y la «Federación Libertaria» de 1899.

*El Perseguido* reprodujo en 1893 una carta escrita desde España criticando la Comisión de Relaciones y Estadística de la Federación<sup>30</sup>, y en números sucesivos arremetió contra el autoritarismo básico a toda empresa federativa<sup>31</sup>, llegando a escribir que los estatutos federales eran «un plagio de todas las federaciones ya políticas ya de otra índole como ser la Masonería [*sic*]»<sup>32</sup>. Criticando, sin embargo, una experiencia obrera española, ofrece una receta también española: el plan de acción insurreccional de pequeños grupos, calcado de

<sup>26</sup> *El Productor*, Barcelona, del 144 (17 de mayo de 1889) al 169 (1 de noviembre de 1889).

<sup>27</sup> *El Perseguido*, Buenos Aires, 2 (8 de junio de 1890).

<sup>28</sup> *El Rebelde*, Buenos Aires, 60 (7 de abril de 1901).

<sup>29</sup> Sobre la «Federación de resistencia al capital. Pacto de Unión y Solidaridad» véase *Acracia*, Barcelona, III, 30 (junio de 1888). Se extinguió en 1896, fraccionándose los militantes en muchos grupos. GÓMEZ CASAS, JUAN, *Historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, 1968, p. 72.

<sup>30</sup> *El Perseguido*, Buenos Aires, 58 (16 de abril de 1893).

<sup>31</sup> *El Perseguido*, Buenos Aires, 62 (16 de julio de 1893) y 63 (13 de agosto de 1893).

<sup>32</sup> *El Perseguido*, Buenos Aires, 55 (29 de enero de 1893).

las «Medidas prácticas que han de tomarse después de destruido el estado actual» que aprobara la Conferencia Comarcal Española en 1876<sup>33</sup>.

Sin embargo, la mayor influencia española en cuanto a modelos se encuentra en la creación de la Federación Obrera Argentina en 1901, la primera que iba a gozar de larga vida, tras una serie de fracasos socialistas en similares empeños. Lapidariamente indica Abad de Santillán que «fue según el espíritu de la Federación Regional Española, heredera directa de la Primera Internacional, como surgió la F. O. A.»<sup>34</sup>.

Evidentemente, dada la expansión de las sociedades obreras y el auge del movimiento huelguístico, se trataba de hacer concesiones para salvar una federación que pudieran compartir anarquistas y socialistas. Un detallado proyecto había sido expuesto en las páginas de *La Protesta Humana* por el catalán Antonio Pellicer Paraire (1851-1916). Tipógrafo de prestigio y primo hermano de Rafael Farga Pellicer, había participado activamente en la Internacional y en la Alianza Española, actuó, de 1882 a 1888, en la Comisión Federal, y en las páginas de *Acracia* expuso su concepción anarquista federal, superando los fallos vividos por la Federación Española<sup>35</sup>. En 1891 llegó a Buenos Aires y siete años más tarde se vincula al equipo de *La Protesta Humana*, cooperando con Prat y Serantoni.

Las ideas de Pellicer fueron defendidas en el congreso fundacional (celebrado en Boca en mayo-junio de 1901, con asistencia de representantes de veintisiete asociaciones) por Ingán Lafarga y Francisco Ros, ambos españoles. Expusieron sus proyectos de autonomía de las federaciones locales, el papel de mero enlace del Comité Federal y la oposición a toda solicitud de legislación obrera o de arbitraje.

Aunque la prensa socialista haya mantenido que fue «el espíritu de transacción que animaba a los delegados socialistas»<sup>36</sup> lo que permitió a la Federación su existencia, fueron las pequeñas concesiones al socialismo del sector anarquista italiano (encabezado por la figura destacada de Pietro Gori) las que hicieron transigir al radicalismo libertario español y lograron la aceptación de un programa intermedio. Los españoles no salieron muy convencidos y los socialistas quedaron, como dice su historiador, Oddone, «evidentemente disgustados, pero dispuestos a imponerse en la primera oportunidad»<sup>37</sup>.

<sup>33</sup> Las «Medidas» en Termes, *op. cit.*, pp. 41-43. Los artículos de *El Perseguido*, en los números 16 (22 de febrero de 1891) a 19 (5 de abril de 1891).

<sup>34</sup> ABAD DE SANTILLÁN, *El movimiento anarquista*, p. 114.

<sup>35</sup> Los artículos publicados en *Acracia* tenían el título general de «Acratismo societario». Fueron cinco, y aparecieron del II, 13 (enero de 1887), al II, 19 (julio de 1887). Los artículos de *La Protesta Humana* fueron doce, aparecidos del 100 (24 de noviembre de 1900) al 111 (16 de febrero de 1901). Sobre la F.O. R. A., véase ABAD DE SANTILLÁN, *La F. O. R. A.. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en Argentina*, Buenos Aires, 1933, y PALACIOS, ALFREDO L., *La F. O. R. A.*, Buenos Aires, 1920.

<sup>36</sup> ODDONE, JACINTO, *Gremialismo proletario argentino. Su origen. Su desarrollo. Sus errores. Su ocaso como movimiento democrático y libre*, Buenos Aires, s. f., p. 83.

<sup>37</sup> Idem.

Recién fundada la F. O. A., el partido socialista comenzó a boicotear las actividades del Comité Federal, y en el II Congreso de la F. O. A., celebrado al año siguiente, sintiéndose minoritarios, los gremios de orientación socialista abandonaron en bloque la asamblea para constituir una central rival, la UGT argentina <sup>38</sup>.

Llegados a ese punto, las reticencias y concesiones de Gori carecían de sentido. En 1904 la F. O. A. añade a sus siglas la R de «regional» —recordando las federaciones libertarias españolas—, y esta F. O. R. A. adopta un «Pacto de Solidaridad» proclamando la ideología tradicional ácrata:

«... la sociedad [obrera] es libre y autónoma en el seno de la Federación Local, libre y autónoma en el seno de la Federación de oficios y de oficios similares, libre y autónoma en el seno de la Federación Comarcal, como libre y autónoma en la Federación Regional.» <sup>39</sup>

Un año más tarde se aprueba una declaración «finalista» identificando el objetivo de la lucha obrera con la consecución del anarcocomunismo. Nacía así un anarcosindicalismo peculiar, fiel a las primeras orientaciones de la Internacional, y en ese nacimiento se daba fe de la difusión que entre toda la masa obrera europea en Argentina habían alcanzado las ideas de aquellos «emigrantes que han extendido la ciencia revolucionaria» desde España.

<sup>38</sup> En el II Congreso salieron de la Federación diez asociaciones (con 1.780 miembros), quedándose quince (con 7.630 miembros). El sindicato más numeroso era el de estibadores del puerto (3.200), capitaneado por Ros.

<sup>39</sup> *La Protesta*, Buenos Aires (9 de agosto de 1904).